

Editorial

38

Dentro de algunos siglos, los antropólogos del futuro se sentirán obligados a levantar acta del desastre civilizatorio que, a finales del siglo XX y comienzos del XXI, supuso la irrupción masiva de la telebasura.

Habrán comprendido ya que si el tejido de la realidad es el tejido de los textos que la conforman, pueden existir textos que, lejos de construirla, tienden a destruirla. Porque la realidad no es lo real. La realidad es precisamente, por el contrario, el tejido textual con el que los seres humanos afrontan lo real –ese fondo de violencia, caos y sin sentido que les acecha–, dado que el mundo es como es –es decir: no está hecho para ellos.

Y bien, la telebasura no es otra cosa que eso: una forma degradada de textualidad que, lejos de construir realidad, tiende a destruirla con auténtica voracidad. Manifestación extrema, todo sea dicho, de la tendencia ciega del mercado a convertirlo todo en mercancía. Todo y, por tanto, también, la propia basura –¿Y qué forma más excitante de espectáculo de la basura podría existir que el generado por la mostración masiva de la degradación de los seres humanos?

No hay, por lo demás, texto más barato –dicho sea esto en términos económicos– que el espectáculo de la telebasura: ningún trabajo de puesta en escena es necesario, innecesarios los ensayos; innecesario, igualmente, el trabajo de iluminación. Prescindibles, finalmente, los actores. Cuanto más inmediata y cruda sea la mostración del ser humano en su cariz más degradado, mayor será el goce canalla que terminará por convertirse en plusvalía televisiva.

Del mismo modo, los analistas textuales del futuro que colaborarán con esos antropólogos –o que se habrán fundido ya con ellos– constatarán la inflexión decisiva que supuso, en la historia de Occidente, la absorción de la política por la televisión basura. Donde en otro tiempo hubo espacios de debate en un contexto de respeto, irrumpió el espectáculo de la violencia y del desprecio. El grito en el lugar del argumento. La mirada de asco en vez de la invitación al contraste de las ideas; la interrupción bronca del discurso del otro en lugar de la escucha respetuosa.

La grosería, en suma, en lugar de la buena educación.

Y cuando se pierde la buena educación...

Cuando se pierde la buena educación, puede suceder cualquier cosa.